

Tú estabas ahí, en Mellencamp

Milichine Ickx



# Capítulo 1

Tú estabas ahí, en Mellencamp

Milichine

Sus ojos dieron vuelta atrás cual tragamonedas. Es que podría jurar que hasta se oyó la fanfarria del Tilt y el Mega Win para cuando llegó a parpadear, a tal punto no podía creer lo que estaba viendo. O sea que nunca había visto nada igual. Sí, claro, estaban esas fotos que abundan por ahí, pero no es lo mismo pues. Para empezar, nunca puedes averiguar si son firmes o trucadas, porque en ese negocio hay de todo y nunca se sabe nada. Pero, además, la tenía ahí, a escasos centímetros de su vista, y además la podía tocar, palpar. De hecho, tras parpadear, se animó a tomarla entre sus manos temblorosas de emoción. Él la miró satisfecho, halagado también por el gesto que detectó en sus ojos. Pero sobre todo aliviado al darse cuenta que las cosas por fin comenzaban a funcionar.

Se habían conocido poco más de un año atrás, en el matrimonio de un amigo común. O sea, de los dos pues, no que el amigo fuera un vulgar del común. Más bien era uno fuera de lo común, porque recién se estaba casando a la hora en que todos sus amigos empezaban a divorciarse. Era el caso de ella y también de él.

Sus vidas se atravesaron en momentos cruciales para ambos. Esos que marcan un antes y un después. O sea, en realidad, un momento como cualquiera. Porque en cualquier momento hay un después y un antes pues. Tampoco es cuestión de ponerse así, dramaticones, cuando recién estamos comenzando ¿no?

Pero bueno, tampoco vamos a negar que la vida de él empezaba a tomar un rumbo ascendente. O sea que en poco tiempo tomaría un avión y, que se sepa hasta ahora, los aviones sólo van para arriba. Además se iba a Europa. Y visto desde acá, eso queda para arriba. O sea que cuando bajara del avión, él igual estaría subiendo. ¿Qué loco no? Esto de la geografía política qué le dicen.

Ella en cambio, esa misma noche comenzaba una descente aux enfers, que la llevaría a no tener para comprar ni una hoja de lechuga marchita, en menos de lo que pone una gallina. Y es que esa misma noche su socio se largaba en un viaje que más parecía de fuga y resbalosa que de negocios.

Gilberto —o sea el tipo de la historia pues ¿quién más?— de inmediato se sintió atraído por la efímera silueta estilo pañuelito de mago —de aquellas de nada por aquí ni por allá— de la fulana esa, a quién el estrés por la fuga y resbalosa del socio, traía días sin comer. Claro, se entiende, su ex

—o sea la de él, aunque el de ella también— era más bien del tipo saturada en carnes, por lo que el contraste era apreciado.

Aprovechó la cola en el claustro del saludo a los novios para observarla por todas sus costuras. Vestía un sencillo sastre beige y blusa que le hacía juego, zapatos con tacón estilo árabe del mismo color beige, un bolso en bandolera color cuero y unos lentes de sol que ocultaban, de momento, su enigmática mirada. De inmediato comenzó a inquirir por esa mujer de enigmática mirada de momento oculta tras enigmáticos lentes oscuros. Cómo se llamaba, quién era, de dónde venía, a dónde iba, a qué hora comía, de quién se divorciaba. Llegó a enterarse que se llamaba Millie, y de inmediato la apellidó «de Mellencamp», porque le sabía a paraíso en alguna otra esquina.

De tez bronceada que hacía juego con esos lentes oscuros por debajo de los cuales asomaba una naricita festiva y respingona, que le servía de alero a unos delgados y alegres labios; paseaba distraída su enigmática mirada oculta tras enigmáticos lentes oscuros, por entre los invitados ahí en el enigmático claustro de aquel convento de sospechosos curas, expulsados en tiempos virreinales por motivos aún no esclarecidos.

Millie ni se dio cuenta que era observada, tan concentrada como estaba en distraerse, por el asunto del socio con pie en el avión de fuga y resbalosa más todas las hojas de lechuga marchita que no tardaría en ni poder adquirir. Ella estaba con Eva, una amiga y antigua vecina que tenía en común con el novio y con el divorcio, le había pedido ex profeso que la acompañe a la boda para poder concentrarse a tiempo completo en su distracción.

Eva era la más divorciada de sus amigas. O sea, que manera de divorciarse de la chica esta. Se había casado una sola vez, pero se divorciaba cada dos por tres. De hecho, ese día había ido acompañada de su actual pareja, del que acabaría divorciándose antes de que termine la boda. O sea, la del amigo en común cada vez más fuera de lo común, como se demostró aquel día.

Fuera de lo común había tenido en común con Eva, a su hermana Julia; de la que había estado románticamente enamorado una punta de años, hasta que esta decidió terminar el noviazgo justo antes de graduarse de Julieta, por aquello del amor eterno nunca consumado.

El que sí terminó graduándose de todas las habladerías que acompañan a este tipo de prolongados eventos, fue fuera de lo común, que de inmediato entró en noviazgo por otra punta de años con otra mujer que terminó por plantarlo por idénticos motivos que la predecesora en el cargo.

Y claro, la de ahora era la tercera, que siempre será la vencida mientras no se pruebe lo contrario. Además, mientras no se pruebe lo contrario ya tenía una punta de años por sí sola. Y claro, no tenía ningún interés en pasar otra punta de años como novia de alguien. Sobre todo, porque ya serían dos puntas de años, y eso sí que no se estila pues. ¿O acaso has oído decir que alguien tiene dos puntas de años? No hay forma.

Pero para la hermana de fuera de lo común, lo que en realidad ocurría era que mientras no se pruebe lo contrario, es una mujer de armas tomar, como no se cansaba de repetir en calles y plazas. Y fue precisamente en una de esas calles y plazas, en que se enteró de la historia Gilberto, que resultó siendo su cuñado, para que el mundo siga siendo del tamaño de un pañuelo, como cada quien sabe.

En una de esas calles y plazas que solía frecuentar su cuñada, también se enteró Gilberto de que Eva iba a asistir al evento, y de inmediato se interesó en asistir también, por motivos de clavo que saca otro clavo. Y es que ellos se conocían desde hace dos puntas de años, más o menos por la época en que su cuñada se casó con Charlie, en una de esas festividades prenupciales de cuyo nombre no puedo acordarme por ser en inglés, y a la que una Julia en modo pre Julieta había asistido disfrazada de Lady in Red, de la que el Gilberto quedó inmediatamente prendado por ser la canción de moda. Esto produjo en Eva un irrefrenable deseo de divorciarse de Gilberto, para lo cual debía primero seducirlo. Y así se produjo aquel eterno menage a trois por esa noche, en la que fuera de lo común se la pasó de lo más entretenido hablando de algún viejo tiempo que siempre fue mejor mientras no se pruebe lo contrario.

Gilberto pudo comprobar esta noche —o sea la de la boda pues— ya en la recepción, que mientras no se pruebe lo contrario, no sólo era una mujer de armas tomar, sino de otras muchas cosas más tomar. Como el champán por ejemplo, porque al segundo que se tomó, se puso a hablar de los viejos tiempos.

O sea que eso era lo que tenía en común, con fuera de lo común. Porque qué manera de gustarle hablar de los viejos tiempos a fuera de lo común. Es que tenía que haberlo visto cómo se extasiaba con el tema, fuera de lo común. Los ojos se le ponían chinitos y hasta parpadeaba mil veces antes de recordar el próximo viejo tiempo por venir. Al punto, que una se pregunta de qué tema hablaba en los viejos tiempos. O sea, en aquellos tiempos en los que no podía haber viejos tiempos. No es por nada, pero alucino que debe haber sido un niño bastante solitario. Por falta de viejos tiempos principalmente.

De modo que la intriga en esa boda, fue la de saber de qué hablarían esos dos novios, tan enamorados qué se les veía, si no tenían viejos tiempos en común. Pero la intriga quedó despejada cuando Carlitos, un amigo de lo más común porque ése sí que conocía a todos ahí, se puso a recordar la

última catástrofe común. O sea, el terremoto que había ocurrido días antes. Porque si hay algo capaz de excitar a personas que no tienen nada en común, son estas catástrofes en común. Y es que todo el mundo tiene algún recuerdo de esos momentos, y súbitamente le agarra una desesperación por contarlos. Dónde estaba, qué hacía, cómo lo agarró, hasta qué punto se asustó o cuán machito se comportó. En fin, es un tema inagotable este de las catástrofes en común. Porque, además, si acaso llega a agotarse, siempre estará el tema de la catástrofe anterior. Y la anterior, y la anterior. Y en el caso de aquellos novios, la más anterior fue el terremoto de hace tres puntas de años. Así de viejos eran sus tiempos.

\*

Cuando se acabó el champán, porque todo tiene su final, y la recepción hubo terminado, desde que nada dura para siempre... sobre todo si el champán se acaba de acabar... A menos que se trate de champán nacional, claro. De esos con tapón de plástico en guisa de corcho, que te cambian en cualquier bodega por tres chapitas marcadas de cualquier promoción, aunque ya no haya chapitas marcadas ni ninguna promoción como en los viejos tiempos de fuera de lo común. Igualito te lo cambian, o sea.

Decía que cuando la recepción hubo terminado por el motivo que fuere — una vaina esta de irse por las ramas por tener el pensamiento arborescente — y los invitados se fueron a la fiesta. O sea, los que estaban invitados a la fiesta, que siempre son menos que los invitados al matrimonio. Nunca entendí porque esta segregación social. O sea, si ya se comieron el rollo de ir hasta tu matrimonio, invítalos a la fiesta, ¿no? ¿O crees que todo el mundo va para ver a la novia? O bueno, su vestido de novia ya. ¡Ni que fueras la novia! Digo, para creer que todos fueron sólo a verte. ¡No, si hay que ver la de vanidades que se ven!

Por ese tipo de costumbres tercermundistas es que se creó la institución de los zampones. Yo fui fan de esa institución en mis buenos tiempos, que siempre serán los mejores, porque ni modo que lo sean los malos. ¡La de personajes que conoces en ese mundillo! Por ejemplo, estaba el chato Martín, ¿lo conocen? Ese chato se zampaba a las fiestas siempre en retroceso, para dar la impresión de que estaba saliendo y no entrando. ¡Genial, no? Había también los fanáticos de la zampadera, como Pichín, el mellizo de Pichón. Ellos eran de familia pituca, o sea que estaban invitados a todas las fiestas, al menos a las que todos querían zamparse. Y esto le daba rabia a Pichín, él quería sentir la adrenalina de la zampadera, así que siempre regalaba su tarjeta de entrada para poder zamparse. Para las chicas era distinto, por aquello del Ladies' Night, aunque siempre te podían pedir tarjeta, en cuyo caso no tenías más que ponerte a rebuscar tus asuntos en la típica cartera de las cosas olvidadas, hasta que el guachimán, impaciente por el atoro que se estaba formando

en la entrada, te dejara entrar. Pero igual eso te subía la adrenalina. Y de nuevo me fui por las ramas, ¡o sea!

Pero bueno, mejor que me haya ido por las ramas porque íbamos a llegar a la fiesta antes que los novios. Es un rollo eso de llegar a la fiesta antes que los novios. No hay comida, no hay música ni baile, ni trago antes de que los novios lleguen y tienes que estar ahí, toda planta, mirando al resto de tatarulos que también llegaron temprano. Es lo que le pasó a Gilberto, que ya vemos el rol de gil que le viene tocando. Así que aprovechó que el esposo de su cuñada tenía que salir a no sé qué vainas, para ponerse mosca y salir también, y de paso preguntarle por aquella mujer de enigmática mirada, de momento oculta tras enigmáticos lentes oscuros, de silueta muy pañuelito de mago, de aquellas de nada por aquí ni por allá, y que vestía un sastre de ve tu a saber cuál color a estas alturas del aturdimiento por apasionado amor a primera vista.

El esposo de su cuñada creyó intuir, por la descripción que Gilberto le hacía, que se trataba de la chica esa que solía ir a la piscina muy común, de fuera de lo común, con un nada enigmático calzoncito de bikini, tan diminuto que parecía ni querer ocultar nada. O sea, por ese detalle la recordaba. No por su tez bronceada, o bueno ya, su cuerpo bronceado salvo el detalle de su diminuto bikini, ni de su enigmática mirada, ni de naricita festiva y respingona, ni de encantadora sonrisa. Era lo diminuto de su calzoncito de bikini por lo que la recordaba. ¡No, si estos hombres son!

—Millie Grass, debe ser Millie Grass de quien estás hablando —respondió el enfermo— ella ha venido con Eva Jones, las vi juntas en la recepción.

—¿Eva Jones ha venido? Yo no la he visto —respondió tatarulo, haciendo caso omiso de cómo has cambiado pelona.

—¿No la has visto? Si ahí estaba, en la cola del saludo. ¡Está con un cuerpazo la flaca! —dijo el fijón de bikinis.

—Así he oído. Por eso vine. —¿O sea? ¿En eso nomás se fijan?

Cuando regresaron a la fiesta ya los novios habían llegado y las dos mujeres estaban en la entrada.

—¡Esa es la flaca! —susurró Gilberto.

—Ella es Millie Grass pues, y a su lado está Eva Jones.

O sea que como cambió la pelona —se dijo Gilberto— que no paró hasta Q-lona.

—¿Ella? ¡No la reconocí! —le dijo desconcertado, mientras se acercaban a las mujeres.

—Hola chicas, que guapas han venido —dijo Charlie, al aproximarse al grupo, en el que había un hombre que fue ignorado y quedó segregado por el fijón de bikinis.

—¡Ay, este Charlie! —respondió la que no era, ni por asomo, pañuelito de mago.

—¡Siempre tan galán! —añadió la que vino sin galán.

—¿Te acuerdas de Gilberto? —preguntó a Eva, como si alguien pudiera olvidarse de esa manga demás. Eva hizo una muequita que se quería coqueta.

—Yo si me acuerdo de ella, pero no de que venía en semejante estuche —dijo en modo deslumbrado, nuestro tetarulo de personaje, provocando un brinquito automático en Eva, quien vino a aterrizar al lado de su ya casi ex pareja, como diciendo «si todavía tenemos para rato».

—¿Y te acuerdas de Millie? —volvió a preguntar, mirando a la del calzoncito enano —. Ustedes se conocieron en mi matrimonio.

La aludida negó de la cabeza y Gilberto respondió.

—No es el tipo de mujer de quien me hubiera olvidado —descubriendo al fin la enigmática mirada que dejaban ver los enigmáticos lentes oscuros, ahora sobre la frente.

—No me digan que no, si aparecen en la misma foto de grupo que nos tomamos en la iglesia, tras el saludo.

—Pues tendría que verla porque no me acuerdo —respondió Gilberto, al tiempo que al interior empezaban los acordes del vals de los novios y entonces, a paso de polka, se fueron los cinco para dentro.

Mientras entraban, Millie le preguntó discretamente a Eva.

—¿Quién es el jilguerito este?

—¡Ay es el hermano de Charlie! ¿No lo recuerdas? Era un churrísimo, estaba que me perseguía en la época en que su hermano se casó con la chata. Tiempo después se fue para Europa creo. Ahora se ha quedado pelón, pero igual está en algo.

Millie no se acordaba y optó por seguir concentrándose en su distracción, porque a la legua se oía que algo andaba podrido en la Dinamarca de su

vecina.

El vals no duró largo a pedido de la novia que es muy mujer de muchas cosas más tomar, y quien toma en ayunas mejor lo haga con aceitunas. O sea que ya hacía hambre. Además de que el novio no había entrenado para este baile, ni para nada que tuviera que ver con el matrimonio como gritaba a mandíbula batiente su currículum amatorio más los callos de la novia. Y como suele suceder en este tipo de fiestas de única mesa como buffet, porque la edad de los novios no estaba para más jolgorios ni ellos para derroches, todo el mundo se abalanzó sobre el buffet en única mesa. Menos Millie, que no era mujer de muchas cosas más tomar, ni menos comer por cuestiones de coquetería en base 4. Y Gilberto tampoco, porque siempre le pareció costumbre muy primitiva esta del comer y anhelaba que llegaran los tiempos esos anunciados hasta el cansancio por la ciencia-ficción, en que la comida por fin viniera en píldoras. Menos los bistecs, claro.

De modo que Gilberto aprovechó la ocasión, envalentonado como estaba por el champán sin tapón de plástico ingerido más la proximidad de su viaje, para buscarle conversa a esa morochita de mirada más enigmática de lo que dejaban adivinar los lentes oscuros, desaparecidos del todo dentro de algún bolso en bandolera. Tan envalentonado estaba, que ni cuenta se dio de lo pesado que viene cayéndole este tetarulo con aire de jilguero a la morochita de fina estampa, armada como estaba de su escudo anti hombres por motivo del socio con pie en el avión de fuga y resbalosa, más todas esas putas hojas de lechuga marchita que ya no demoraba en ni poder adquirir.

Y claro, la conversación giró a lo extraño de esa boda que se celebraba justo en temporada de divorcios para una generación que se casó dos décadas antes. Y así fue como se enteraron ambos que tenían igual tiempo de separados, dos años por lado, icoincidencias no? Y justamente coincidencias es lo que buscaba Gilberto, como buen pesado en plan de afane, para darle movimiento a la sin hueso. Pero no tardaron en darse cuenta de que las coincidencias no iban mucho más lejos, porque en la separación de ella la iniciativa la tuvo ella, y en la de él, la iniciativa la tuvo ella, y eso que nunca habían estado juntos. O sea.

Además de que cada palabra que salía de esa boca no hacía sino aumentar de cada vez un gramo a la balanza de pesado, que ya estaba virando sobre la marca de pelotudo, de este cuatro ojos nada enigmático, que sin necesidad de verlas ya se intuye que trae medias blancas, muy a lo Michael Jackson con manga flotante. Y fue así que terminó por soltarle —mientras el quaker este se entretenía en describir la diabólica venganza que venía preparando— la frase esa muy Tzun Tzu para guerreros emprendedores.

— No hay mejor batalla que la que no se da.

Que dejó meditabundo al muy arte de la guerra, porque París bien vale una misa, sobre todo si queda en Mellencamp, con mirada enigmática y encantadora voz morena, y mejor hacerse el ignaro con puente de plata tendido, para no gastar pólvora en gallinazos ajenos. O sea que tras comentario de rendida admiración, le cambió el tema.

Y como para cambiar de tema nada mejor que la llegada de gente ajena al tema, llegó Eva, muy cargada de sanguchitos y de su ya casi ex pareja. Y de inmediato convidó de los sanguchitos a los en ayuno, que los recibieron con agrado, en particular Gilberto porque ya están tardando mucho las cochinas píldoras alimenticias de la ciencia-ficción. Y al rato llegó Carlitos, el amigo muy común, que no tenía nada que decir y sí mucho que comentar. Y se sumó también la cuñada de Gilberto con su esposo y su cuñado, más su eterna novia frustrada por ser la vencida. Y los demás amigos de los viejos tiempos del barrio del amante de los viejos tiempos, que quedaba en alguna esquina de la felicidad, que no debía estar lejos de alguna granjita porque ahí había el chanchito, el conejito, el patito, el condorito y todo el resto de animalitos. Y se habló de los viejos tiempos. Y también de los por venir. Y del viaje de Gilberto, que era muy de interés patrio. Y Millie paró la oreja, y se distrajo por un segundo de su distracción a tiempo completo. Y volvió a mirar la balanza de lo pesado, y bajó la marca de pelotudo a gil en atención a que no se había probado lo contrario. Y hubo baile, jolgorio y risas.

Y así fue que se conocieron aquellos dos.